



SALVADOR DALÍ

Tras los cándidos ojos de fanático

AUTORA:
PAZ
OLIVARES

Quando a Dalí decidieron darle el nombre de Salvador, el mismo de su hermano mayor, muerto tres años antes a la edad de siete años, condenaron al niño a cargar con una identidad prestada. El nombre, el primer referente del Yo, el primer espejo de Dalí fue el de un muerto. Con la intención de honrar tanto el nombre del patriarca de la familia, Salvador Dalí i Cusí, como la memoria del hijo fallecido, condenaron a Dalí a la locura. Los miedos y las pesadillas infantiles de Salvador se manifestaban como delirios y alucinaciones. Si veía un lagarto pudriéndose al sol devorado por las hormigas o descubría aterrado a un saltamontes asomando del interior húmedo de la boca de un pez, la impresión era tal que Salvador la sufría en forma de fobia.

Pero vivir con miedo es vivir alerta. Salvador desarrolló una

capacidad fuera de lo común para mirar con atención. Del mismo modo que descubría el horror de lo putrefacto también alcanzaba a ver su belleza. Fue natural que terminara encontrando en el arte la serenidad que buscaba. A comienzos de 1926, en una carta a su amigo García Lorca escribía: “*¡Qué bien me siento! [...] Eso de no sentir la angustia de entregarse a todo, esa pesadilla de estar sumergido en la naturaleza, o sea, en el misterio, en lo confuso, en lo inaprensible, estar sentado por fin, limitado a unas pocas verdades, preferencias, claras, ordenadas, suficientes para mi sensualidad espiritual.*” El arte para Dalí era la actividad intelectual que racionalizaba el caos de la naturaleza, ese que entrañaba el éxtasis, el delirio, la locura, la muerte... o el sexo. Toda la naturaleza aterradora de sus alucinaciones quedaba bajo el control de su visión artística.

De esa particular visión artística precisamente se ocupa la exposición *Dalí. Todas las sugerencias poéticas y todas las posibilidades plásticas*, organizada por el Museo Reina Sofía de Madrid y el Centre Pompidou de París. En ella se alcanza a comprender la importancia de Dalí dentro del



arte del s. XX. Aunque es imposible desvelar todo el misterio de la locura genial de Dalí, sí que se cumple con el objetivo de dejar constancia de la influencia de su poética en la cultura occidental y la elección del recorrido cronológico facilita la tarea. La muestra exhibe el universo del ampurdanés facilitando el acceso no sólo a su obra pictórica, sino a dibujos, manuscritos, películas, material documental, fotografías... En definitiva, se ha realizado un trabajo monumental para redescubrir al controvertido autor a través de sus diferentes lenguajes.

El núcleo de ese redescubrimiento se concentra en el surrealismo. El surrealismo le permitió a Dalí, en un principio, liberar sus delirios a través del encadenamiento cinematográfico de las imágenes. Baste como ejemplo la famosa secuencia del ojo

rasgado por el filo de la nube de *Un perro andaluz* de Buñuel, la célebre obra surrealista que, gracias al acierto del comisario Jean Hubert Martin, podemos visionar junto a *La edad de oro* dentro de la muestra. Pero es en la creación del *método paranoico-crítico* donde Dalí podrá elevar sus visiones alucinógenas a categoría de realidad. De su método diría: “*Debo ser el único de mi especie que ha dominado y ha transformado en potencia creadora, en gloria y en júbilo, una enfermedad tan grave*”. Y es que sus obras exigen la interpretación del que las contempla a través del lenguaje de la razón. No basta con mirar. Hay que ver; hay que psicoanalizar la obra para alcanzar el sentido de la misma, como si de un sueño freudiano se tratara. Todos sus esfuerzos técnicos irán encaminados a dirigir la mirada hacia lo oculto. Dalí modifica la lógica de la percepción visual. Desconfiando de lo que el ojo ve se alcanza la revelación, la epifanía. Cuando la interpretación es literal nos seduce por su técnica depurada, tan cercana a la de Vermeer, Velázquez o Leonardo, pero cuando Dalí nos deslumbra es cuando descubrimos lo que se esconde tras lo aparente -de ahí que para disfrutar de la monumental exposición necesitemos un tiempo considerable, incluso varias visitas-.

Quizá esa postura sofisticada frente al misterio fue lo que enamorara a Gala como antes a Federico. Quizá también fue lo



que le separara de su familia. La elaborada inteligencia de Salvador halló un estilo único para reorganizar su caótica y atormentada realidad. Había estudiado a fondo a Freud y Lacan buscando explicaciones para su confusión y a Sade para justificar su moral. Pero no perseguía la cura; la cura la había alcanzado gracias a su método. Cuando Gala, en el primer y único encuentro amoroso le suplica que la mate, el hombre cae rendido a sus pies. Desde la sumisión extrema Gala da voz a los miedos antiguos del artista y le otorga libertad para cumplir las fantasías más perturbadoras. Además, al conceder al otro el poder se erige ella misma en la dueña absoluta de la relación, lo que apacigua al edípico Dalí. Por fin *El gran masturbador* podía abandonarse al onanismo sin culpa. El delirio de la impotencia, el terror atávico al sexo femenino se transformaba en el placer del *voyeur*. El objeto de deseo del artista se convertía casi en obsesión y la musa aparece en numerosísimas obras que la muestra del Reina Sofía reúne ahora. Es un privilegio poder discurrir por primera vez en España, por ejemplo, de *El Ángelus de Gala*, obra en la que Dalí elevaba su obsesión por ella a la del *Ángelus* de Millet. Gala así pasaba a ser el fetiche de Dalí, se transformaba en un

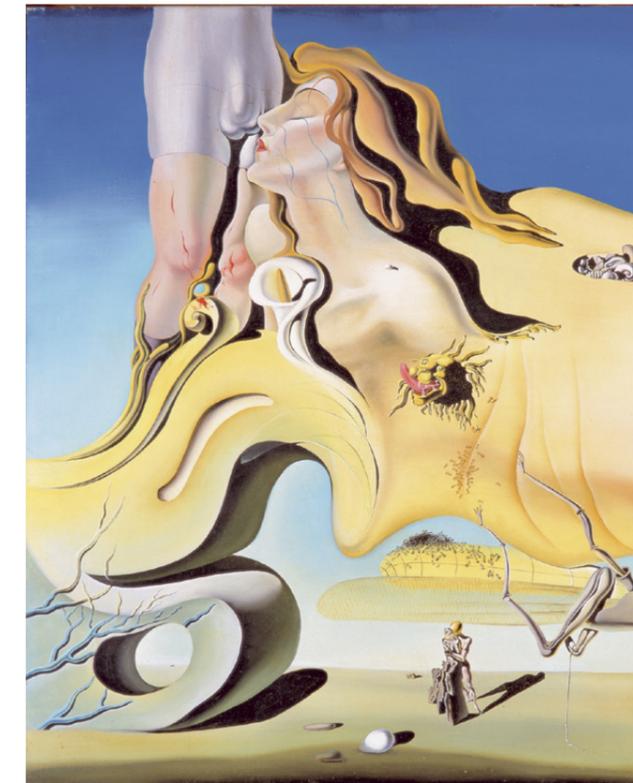
objeto de funcionamiento simbólico, como lo eran los zapatos o el pan catalán, de los que la exposición también da buena cuenta.

Estos objetos, numerosos en la obra de Dalí, funcionaban como estrategia de subversión de la realidad con el mismo espíritu destructivo que contenían los trabajos de su amigo Duchamp. Era lógico entonces que el *tímido patológico* que era Dalí, como diría Pepín Bello, creara un personaje de sí mismo que actuara también como un objeto de funcionamiento simbólico más. La máscara completaba la obra daliniana.

Mientras el personaje actuaba, el éxito aumentaba. Los artistas jóvenes le acosaban; Hitchcock y Walt Disney le rogaban colaboraciones en sus películas; la modernidad neoyorquina liderada por Warhol



le aclamaba como a un Rimbaud reencarnado; la intelectualidad parisiense debatía acerca de sus polémicas *performances*...; era el tiempo de la publicidad, de la fascinación por el poder, del histrionismo. Era el tiempo de la televisión y el espectáculo. El animal *Avida Dollars* en el que se convierte en la década de los 80 del pasado siglo parece estar muy alejado del artista del grupo de Breton. Dalí, anciano ya y sin Gala a su lado, se refugia tras el disfraz. *"Mis bigotes defienden la entrada de mi persona"*, dirá. El magnífico catálogo de la exposición nos recuerda que durante las conferencias celebradas en París en 1961, *"J'ai trouvé du temps et de l'espace"*, Dalí se presentó ataviado con un casco en el que aparecían dos figuras de Cástor y Pólux que se encendían alternativamente. Su explicación ante la escenificación fue: *"He*



logrado el mito sublime de los Dioscuros, Cástor y Pólux, un hermano muerto y otro inmortal" De modo que mientras la máscara del genio loco decía aquello de *"Dalí es diviino"*, Salvador se enfrentaba a su tragedia. Tenemos ahora una estupenda oportunidad recorriendo las once secciones de la exposición de analizar las máscaras para desvelar el misterio que encerraban, para demorarnos en los símbolos y así descubrir la magnitud del genio de Dalí. En su producción está la clave.

Y es que cuando el artista murió todo el mundo esperó la declaración sobre dónde reposarían sus restos. La elección fue una sorpresa: No sería en el castillo de Púbol en la tumba que le esperaba junto a la de Gala; el último deseo de Dalí era descansar en el teatro-museo de Figueras que lleva su nombre. A pesar de la importancia fundamental de Gala en su vida, a pesar de que, según la enfermera que lo atendió, Dalí murmuró en su lecho de muerte: *"el meu amic Lorca"*, Salvador decidió pasar la eternidad junto a su obra. Creo que sabía muy bien a quién le debía su nombre •